

Entre tanto encendió PRIM el hacha, y la aplicó á la puerta, pretendiendo incendiarla. En aquellos momentos, una línea de fuego brilló en las aspilleras del muro, y voces de alarma resonaron en el interior de la plaza y del fuerte: se habia frustrado el intento. Sin embargo, PRIM repitió su tentativa de incendio, y permaneció largo rato cerca de la puerta con el hacha encendida en la mano; hasta que, por último, viendo que de este modo solo conseguia hacerse blanco seguro á los tiros del enemigo, la metió airado por una tronera, y volvió á juntarse con su compañía.

El Baron de Meer tuvo noticia de este hecho; y al dia siguiente, en el acto de reconocer el recinto de la plaza, llevó consigo á PRIM, y le dirigió algunas preguntas acerca de lo que habia observado la noche anterior, no siendo desatendidas sus contestaciones para señalar el punto de ataque. Aquella misma tarde quedó construída una batería para piezas de á ocho y morteros, y habiéndose intimado la rendición, y contestado los carlistas con desprecio, en seguida se rompió el fuego. Cesó este por la noche, durante la cual se estableció con celeridad y sigilo una batería de brecha á corta distancia del Hospital, que se hallaba convertido en fortaleza. Contra este punto comenzó á jugar la artillería á las tres de la tarde del 23, y á las seis habia ya dos brechas abiertas en un tambor ó corona exterior de aquel edificio. Inmediatamente se dispuso dar el asalto, siendo destinadas al efecto las dos compañías de vanguardia.

Apoyadas por el segundo batallon de Zamora, emprendieron el movimiento las compañías, al son de las músicas que tocaban himnos patrióticos: PRIM, que marchaba á la cabeza de una de ellas, fué el primero que trepó á la brecha, siguiéndole otros y otros valientes, cuyo empuje no pudieron resistir sus enemigos, que se retiraron á la plaza. Dueños los liberales del fuerte, viéronse detenidos en su marcha victoriosa por algunas obras interiores que les cerraban el paso. Para avanzar, era necesario asaltarlas, ó apoderarse de una casa, desde la cual hacian los carlistas un mortífero fuego. Un sargento de francos, que habia servido á las órdenes de PRIM, advirtió á este la posibilidad de penetrar en la casa por una ventana, y al punto lo intentaron, deslizándose la tropa arrimada á las paredes: formaron los soldados escalas con sus hombros, y el jóven capitán trepó sobre ellos; pero en el acto de alcanzar su objeto, recibió en el brazo izquierdo una herida, que le hizo vacilar algunos instantes: adelantósele entonces el sargento, y pasó el primero por la ventana: detrás de él entró PRIM.

Arrojados de la casa los carlistas, y allanadas las dificultades que impedían el

avance de las tropas liberales, continuó la lucha en las calles de la ciudad hasta las nueve de la noche, siendo arrollados los primeros en todas partes, á pesar de su valiente resistencia, y viéndose por último compelidos á refugiarse en la catedral y en el palacio del Obispo, que era el fuerte más importante, y en el cual quedaron sitiados.

Mientras duró el combate dentro de la plaza, permaneció PRIM al frente de su compañía, batiéndose como un león, y dando ejemplo á todos de bravura, sin que por nadie se notara la gravedad de su herida, que era mucha; tanto, que un mes despues, en 14 de Agosto, solicitaba PRIM desde Manresa pasaporte, qué le fué expedido, para ir á curarse de ella en Barcelona. Reconoció el Barón de Meer el mérito contraído aquella noche por el jóven capitan, agraciándole sobre el campo con el grado de comandante, sin perjuicio de conferirle la cruz de distincion concedida por aquel sitio memorable, y disponiendo su ingreso definitivo en el regimiento de Zamora desde 1.º de Agosto.

Dueño el Barón de la plaza, faltábale rendir á su guarnicion, que encerrada en el fuerte, podia prolongar su resistencia y hacer que se malograra la empresa con tan buen éxito comenzada. Construyéronse baterías contra aquel punto; continuó estrechándose el sitio sin grandes resultados; y en tanto acudian fuerzas enemigas, cuyo amago tuvo que rechazar en persona el General en jefe con la segunda division y alguna artillería.

Tras de esto recibieron aviso los defensores del Palacio, de que el Conde de España marchaba á socorrerlos, y les prevenia que hicieran un esfuerzo para salir á unírsele cuando vieran dos hogueras encendidas: supolo el Barón por un espia que cayó en su poder, y se aprestó para el combate, viendo al amanecer del 26 de Julio la señal anunciada. Pero hasta las ocho de la mañana no se presentaron los carlistas, y fué su ataque tan impetuoso, que parte de las fuerzas liberales huyeron desordenadas al primer encuentro: sin embargo, logróse contener al enemigo, enviando contra él refuerzos oportunos; y cayendo sobre su derecha y centro la division tercera, se le obligó á retirarse en mal estado. Si la guarnicion de la fortaleza hubiera hecho la salida que se le previno, en grave apuro se habrían encontrado los sitiadores; pero permaneció encerrada, y aunque trató de reparar su falta oponiendo una resistencia muy vigorosa, tuvo al fin que rendirse á discrecion. Abierta brecha en el Palacio por los certeros fuegos de la artillería, introdujose el desaliento en los sitiados, que pidieron capitular; mas no quiso el Barón aceptar condiciones, y fia-

dos solo en su generosidad salieron del fuerte unos setecientos hombres armados, que con su jefe, el coronel Mondedeu, quedaron prisioneros, y hasta quinientas personas más entre paisanos y mujeres. Cayeron en poder del vencedor gran número de armas y municiones, artillería, mulas y caballos; pero escaseaban los víveres, y hacia ya cinco días que las tropas hambrientas solo se alimentaban de patatas y grano que cogían asolando los campos.

En esta situación, dejó Meer guarnecida la plaza con la fuerza precisa, y marchó á Guisona llevándose los heridos, para volver con un convoy á fin de abastecer la ciudad conquistada. A su regreso, el 3 de Agosto, tuvo que sostener terribles combates en las tantas veces ensangrentadas posiciones de Biosca y de Peracamps. El Conde de España, que sentía la pérdida de Solsona como un golpe dado á su prestigio militar, hacia punto de honor la derrota de su contrario, y contando con las ventajas que le ofrecía el terreno, fué á esperarle en las crestas de aquellos formidables desfiladeros, proponiéndose llevarle á una emboscada. Pero el Baron era tan hábil como valiente, y no se dejó prender en las redes de su enemigo: dos días de rudo pelear, ganando terreno palmo á palmo, y caminando á veces sobre cadáveres, costó la conduccion del convoy hasta Solsona, donde entró al anochecer del 4; y es fama que el Conde, observando desde una altura la destreza del jefe liberal, y haciéndole justicia, exclamó admirado: — “¡ Ah, bravo piloto! ¡ Qué bien conduces tu nave! „

Ocho días permaneció Meer en Solsona completando sus fortificaciones, después de lo cual marchó á Suria, sin que el enemigo, aunque lo intentó, se atreviese á molestarle en el camino. Siguió á estos acontecimientos una tregua de tres meses, que empleó el Baron en fortificar y abastecer de víveres y municiones varios puntos, y el Conde en disciplinar su gente, desplegando ya desde entonces una severidad y un rigor extraordinarios, muy conformes con su modo de entender la autoridad, y que atraieron al fin sobre su cabeza funestas consecuencias. Las cárceles de Berga y de Caserras se llenaron de presos; la horca ignominiosa y el tajo empezaron á funcionar como auxiliares permanentes de un poder despótico, y aquellos pueblos presenciaron con horror y harta frecuencia las ejecuciones capitales á que asistía en persona el inexorable Conde, haciendo ostentacion de su frialdad estóica, y orando en el acto por las almas de las víctimas.

## VI.

Al terminar este período, no es posible pasar en silencio uno de los más brillantes hechos de armas acaecidos durante el mismo: tal fué la toma de Peñacerrada por el ejército liberal del Norte.

Aniquilada la expedición del conde de Negri, batidos y expulsados de las sierras de Burgos Merino y Balmaseda, el general Espartero, que acaba de ser ascendido al último grado de la milicia, se propuso atacar á los carlistas en una de sus más formidables fortalezas, atrayéndolos, si era posible á un combate decisivo; y participó al Gobierno su plan en estos términos breves y precisos: —“Reuno el ejército, bato á la facción y tomo á Peñacerrada.” —Lo prometió, y lo cumplió en tres días, á despecho de los críticos y murmuradores, que reputaban irrealizable tan árdua empresa, llegando algunos á calificarla de jactancia y de locura.

Con diez y ocho batallones, cuatro escuadrones de húsares de la Princesa, tres compañías de ingenieros, artillería bastante, y la columna que mandaba el bravo guerrillero D. Martin Zurbano, emprendió Espartero su movimiento el 18 de Junio, llevando raciones solo para tres días, por no permitir más los medios de transporte, y pernoctó en el pueblo de Treviana; el 19 se puso en marcha y ocupó la altura de Larrea, frente á Peñacerrada, sobre cuyo punto concentraba el enemigo sus fuerzas haciéndolas acudir de las cuatro provincias vasco-navarras. Durante la noche construyó Espartero las baterías de brecha en las alturas que ocupaban sus tropas, y al amanecer del 20 principió á batir el castillo de Ulizarra; pero se necesitaba mucho tiempo para abrir brecha en sus fuertes muros; por lo que el general, deseoso de apresurar la operación, y aprovechando el ardor de los soldados, que pedían el asalto, lo ordenó por escalada: marcharon á él los dos batallones de Luchana y muchos voluntarios, cuyo arrojó fué tanto, que llenó de asombro á los sitiados. A las diez de aquella misma mañana se rendía el castillo, quedando en poder de los vencedores su gobernador, la guarnición, dos piezas y abundantes repuestos de boca y guerra.

El 21 se adelantó el campo sitiador, se construyeron baterías para estrechar la plaza, y se rompió el fuego contra ella, sosteniendo los frecuentes ataques que el

ejército enemigo protector no cesaba de dirigir al abrigo de excelentes posiciones. El 22 amaneció cubierto de una espesa niebla: despejada la atmósfera á las diez de la mañana, vióse á los carlistas mover sus fuerzas de todas armas en actitud de provocar una formal batalla; peleóse con ardimiento, procurando unos y otros combatientes atraer á los contrarios bajo el fuego de sus respectivas masas, y á las cinco de la tarde, la situación de los liberales iba siendo crítica y peligrosa por falta de municiones para la artillería. Conociendo Espartero ser de absoluta necesidad batir completamente al ejército enemigo, tomó una resolución extrema: dejando al frente de la plaza las fuerzas necesarias, formó en batalla por masas seis batallones de la Guardia real y uno de la 3.<sup>a</sup> división, cubriendo su frente á cuarenta pasos las respectivas compañías de cazadores; colocó dos baterías tras del centro de esta línea, y á retaguardia de los costados la caballería, y mandando á su voz armar la bayoneta, rompió la marcha con todas las bandas al paso de carga, colocándose con su Estado mayor á la cabeza de las columnas: animándolas con su ejemplo y sus palabras, atacó decididamente á los enemigos, que solo tuvieron tiempo de hacer una descarga á quemarropa, y á los doce minutos eran batidos y obligados á retirarse en precipitada fuga, dejando en poder del vencedor 800 prisioneros, dos cañones, dos obuses de á 16, todos sus arzones, tiros y repuestos de ganados, botiquines y mucho armamento.

Derrotado el ejército protector de la plaza, los sitiados la abandonaron durante la noche de un modo que no fué conocido, habiendo quedado en ella varias piezas, montajes y repuestos: Espartero la ocupó en seguida.

En esta ocasión, el capitán general de Ejército, conde de Luchana, ganó el título de coronel de Húsares de la Princesa. Una brillante carga dada por este regimiento había decidido la acción: su coronel, D. Juan Zabala, fué objeto de las más expresivas demostraciones de entusiasmo: Espartero le abrazó, diciéndole que el mayor honor para un general sería vestir el uniforme de húsar, cuanto más ser su coronel. Zabala que había visto al Conde en aquella jornada marchar al combate delante de sus soldados, y estos que admiraban su heroísmo, le aclamaron, diciendo: "¡Viva nuestro coronel, el general Espartero!". Este solicitó como una distinción honorífica el título que acababan de conferirle aquellos valientes, y en consecuencia, le fué espedido el nombramiento en 3 de Julio inmediato.

La batalla y conquista de Peñacerrada, tras de los repetidos triunfos alcanzados por las armas liberales durante los seis primeros meses de aquel año, desconcer-

tando á los carlistas, harto mal parados ya por la mala direccion de sus negocios y por sus disensiones intestinas, habrian tenido una influencia decisiva para la pronta terminacion de la guerra, si á los titánicos esfuerzos del ejército y de sus valientes y entendidos jefes, hubiese coadyuvado el Gobierno con los auxilios necesarios, á fin de que no fuesen estériles tantos y tan heróicos sacrificios. Pero aquel ejército se hallaba en tal estado de miseria y de abandono, que pudiera considerarse fabulosa la relacion de sus privaciones, si no se hallase consignada en multitud de documentos oficiales; y esto hacia que se malograran las mejores combinaciones de los generales y las ventajas adquiridas; no sabiéndose qué admirar más, si el valor y decision de las tropas en los combates, ó el sufrimiento y la constancia con que iban al encuentro del enemigo desnudas y descalzas, hambrientas muchas veces y hasta careciendo de municiones en cantidad bastante para luchar con éxito.

Grandes habian sido las escaseses de los ejércitos liberales, desde el principio de la guerra; pero nunca fué tan apurada su situacion como en 1838. Incesantes eran las quejas y reclamaciones que de todas partes recibia Espartero pidiéndole recursos, cuando éste no cesaba de representar al Gobierno contra el abandono en que se le tenia. Reproduciendo sus instancias, en 12 de Febrero de este año, decia el Conde: "que reducidas á la mayor miseria todas las clases del ejército, eran ya muchos los oficiales que ni aun podian hacer el servicio por falta de pantalones y calzado, teniendo solo para subsistir la miserable racion de etapa..". Dirigíase al mismo tiempo á la Reina gobernadora manifestándole: "que en seis meses de largas y penosas marchas, sin reponer nada del equipo, armamento, vestuario, etc., raro habia sido el mes en que el soldado habia tomado diez raciones de pan, habiéndose mantenido generalmente con un pedazo de carne, y esta cogida donde la encontraba, pues el Gobierno y la administracion militar poco le proporcionaban en ninguna parte..".

"Cansado ya de representar al Gobierno, decia á fines de aquel mes, para que se atienda á este benemérito ejército con lo preciso, y viendo el desprecio con que se miran mis reclamaciones... no me quedará más arbitrio que mandar las fuerzas á donde se puedan adquirir los auxilios y recaudar lo necesario, antes que apurado el sufrimiento, y forzada la virtud del soldado, se rompan los diques de la subordinacion, dando un seguro triunfo á los rebeldes... Mi deber como español, y mi obligacion como general, será procurrar los medios indispensables que el Gobierno me niega..".

Envió copia de esta comunicacion á las Córtes, suplicándoles que pidiesen todas sus reclamaciones desde Octubre anterior, para que se penetrasen de la situacion crítica del ejército, y repitió sus quejas á la Gobernadora. Esta contestó muy afable al General, enviándole diez cajas de cigarros en lugar de los recursos que necesitaba. Los ministros creian, á pesar de todo, que Espartero se quejaba de vicio ó por serles contrario; pero él manifestó á la Reina que, “ni pertenecia ni queria pertenecer á ningun partido.”—“Yo, añadia, no conozco más enemigos que los de V. M... Cuiden los ministros de los intereses de V. M. y de la patria, sean hombres de bien, no se dejen llevar de intereses y afecciones particulares, trabajen con incesante afan por la union de los españoles, busquen recursos para terminar la guerra con gloria de V. M.; y con estas cualidades repito, señora, que para mí todos los ministros son buenos, porque yo nada quiero y nada necesito más que el aprecio de V. M.,”

Disponíase entonces el Conde de Luchana para perseguir á Negri, y sus tropas no tenian zapatos. Cuál seria su situacion, cuando á principios de Marzo tuvo que atropellar toda clase de consideraciones, dando en Haro una alocucion al ejército, en la cual decia, que habiendo sido inútiles sus reclamaciones á fin de que se le remitiese dinero para proporcionar su haber á la tropa y las pagas á los jefes y oficiales; asi como tambien sus pedidos de calzado, ropa y víveres, se habia visto obligado á usar de la violencia y hasta comprometer su firma para que el soldado no careciese de la racion diaria. Manifestaba que, en último extremo, habia recurrido al Congreso nacional, exponiéndole las críticas circunstancias en que aquel ejército se encontraba, y concluia diciendo:

“Interin que se proporcionan algunas otras cantidades, he mandado que se distribuyan proporcionalmente 160,000 reales, único auxilio que hasta ahora he recibido.,”

Con honores y dignidades pretendió el Gobierno acallar las quejas de Espartero, que al obrar de este modo no hacia más que arrojar de sí una inmensa responsabilidad que no le correspondia; y á las comunicaciones del Ministro de la Guerra, contestó en 5 de Marzo entre otras cosas: “Hoy mismo estoy obligado á no moverme, porque no encontraria pan para las tropas en el punto donde deberia ir, y para que el soldado no acabe de destruir los malos zapatos que calza: en tal situacion se me ha puesto desde Octubre último. ¿Puede exigirse de mí una paciencia que me haria parecer criminal, consiguiendo con ella acabar con mi reputacion militar y la confianza de mis subordinados, cuyo favor y aprecio dedico todo al bien de mi patria?.,”

Contribuían á agravar de dia en dia esta deplorable situacion la pobreza del país, cada vez más aniquilado por la guerra, el desgobierno sobre todo en materia de Hacienda, y la rapacidad insaciable de los contratistas, entre cuyas manos quedaban el fruto del sudor de los pueblos y la sangre del soldado.

Si por un momento se aliviaba en parte la penuria del ejército á fuerza de reclamaciones enérgicas, conquistando los recursos del enemigo con las puntas de las bayonetas, ó por otros medios, no tardaban en reaparecer los apuros: y esto sucedía lo mismo en el Oriente que en el Norte y en todas partes, porque si se atendía á un punto era dejando otro en descubierto.

El general O'Donnell, representando á Espartero el triste estado á que se hallaba reducido el ejército de operaciones de la costa de Cantabria, le decía en 7 de Junio: "que en Mayo no se le habia librado un solo real, y hacia un año que era raro el mes que habia podido dar á los cuerpos más de un quinto de paga y algunos nada: que hacia dos meses que las tropas estaban descalzas, *recibiendo en vez de zapatos, reales órdenes*, en que se le decía haberse prevenido al Intendente general que remitiese calzado con premura: que todos los cuerpos estaban mal de vestuario, y algunos, como el segundo de ligeros, tenían soldados *que no podían hacer servicio por estar en cueros*; que la mitad de los soldados no tenían camisa; que si bien, á pesar de todo, se conservaba la disciplina, muchos desertaban á Francia ó se pasaban á los carlistas, y que no pudiendo hacer frente á tantas dificultades, ni responder de las consecuencias de tanta miseria, presentaba su dimision., No consintió Espartero en admitírsela, y antes bien le rogó con frases más de amigo, que de jefe, que continuara en su puesto, acompañándole en el sacrificio.

Después de la toma de Peñacerrada, y cuando los carlistas se veían obligados á desocupar algunos puntos del condado de Treviño y de la Rioja alavesa, escribía Espartero desde Logroño: "que estaba imposibilitado de emprender operacion alguna; que tenia vacíos los parques, sin un real la pagaduría del ejército, y este sumido en la mayor miseria, lo cual era doblemente sensible, porque inutilizaba la decision de sus tropas, y daba tiempo para que un enemigo abatido y desalentado por los reveses, consiguiera rehacerse por la inaccion á que él se hallaba condenado., —Contestóle el ministro de la Guerra dándole esperanzas, y negándole la vuelta al ejército del Norte de algunos batallones que de él se habían separado, al mismo tiempo que le instaba para que emprendiese la ocupacion de Estella, y le prevenia que impidiera á los carlistas de las Provincias cualquier movimiento para reforzar

á Cabrera, mientras Oráa llevaba á cabo la proyectada reconquista de Morella, que fracasó tambien por falta de recursos.

Esta continúa penuria debia ser causa de que los triunfos conseguidos en la primera mitad del año, no solo fueran esterilizados, sino que se convirtieran luego en reveses. Para marchar contra Estella y proseguir los planes que meditaba, tuvo Espartero que empeñar sus bienes particulares, reuniendo en veinticuatro horas millon y medio de reales, con lo cual pudo disponer un respetable parque y todo lo necesario; pero á lo mejor tuvo que desistir de aquel proyecto, siendo preciso desmembrar las fuerzas del ejército del Norte para acudir á otros puntos del centro, invadidos por los carlistas, despues de sus triunfos en el Maestrazgo.

La causa de D. Carlos habia ganado mucho, entre tanto, con el reemplazo del inepto general Guergué por D. Rafael Maroto.

## VII.

El estado miserable en que se hallaba el ejército no era más que un reflejo de la situacion apurada del país, á consecuencia de una guerra sostenida necesariamente á costa de la sangre y del sudor de los pueblos en uno y otro bando, y por lo tanto, doblemente gravosa y destructora. El azote de la miseria se dejaba sentir principalmente en las provincias que eran teatro de aquella lucha fratricida: los campos quedaban yermos y asolados; los ganados destruidos; las casas desiertas ó arruinadas por el incendio; los caminos intransitables. Las continuas exacciones de dinero y víveres habian aniquilado á los habitantes de comarcas enteras. Alava, Santander, la Rioja, Guipúzcoa y Navarra gemian bajo el peso insostenible de la guerra. La diputacion provincial de Logroño exponia que, además de ascender á doce millones sus anticipos, aquel país estaba reducido á tal extremo de postracion, que hasta el soldado se lastimaba y horrorizaba, maldiciendo el tener que arrancar á su patron el pan que necesitaba para pasar el dia. No era mejor la suerte de otras provincias: Cataluña habia sido asolada por el vandalismo de los partidarios; lo mismo sucedia en la Mancha, y las ricas riveras de Castellon y Valencia veíanse agostadas por las frecuentes correrías de los facciosos del Maestrazgo.

El mal se extendia á todas las demás provincias, porque todas contribuian en

último resultado á sostener las cargas de la guerra ; y entre tanto, el Gobierno se declaraba impotente, y lo era en efecto, para acudir al remedio de las necesidades públicas. Ni los ministros, ni las Córtes que le apoyaban podian considerarse á la altura de las circunstancias ; y lejos de mejorar la situacion, la agravaban con imprudentes revelaciones. Convenian todos en que era preciso acabar con el mónstruo de la guerra, y cuando el diputado San Miguel reclamaba hombres y dinero, le contestaba el ministro de Hacienda :

“Quiere el señor San Miguel que vengamos á pedir otra quinta de cien mil hombres ? Ya hemos visto las consecuencias de las anteriores : *á medida que se hacen, se van los quintos á los facciosos...* Se dice que se pidan recursos : ¿ se ignora que la contribucion de doscientos millones se decretó en medio del entusiasmo ? ¿ Y qué ha producido ? Aun están por ingresar setenta millones. Y ¿ qué sacrificios no han hecho los pueblos ? ¿ qué injusticias no se han cometido ? La extraordinaria de guerra está por ejecutar. ¿ *No hay más que pedir contribuciones sin medios de realizarlas ?*„

Esto era manifestar que el Gobierno se hallaba en un callejon sin salida : no tenia más que dos, en su concepto : apelar á la intervencion extranjera, ó venir á un arreglo con los carlistas ; pero ambas cosas eran irrealizables. “Si la guerra fuese solo de sucesion, dijo San Miguel con verdad, seria posible un arreglo ; pero es de principios, y siendo estos incompatibles, no hay transaccion.„ La experiencia ha demostrado que San Miguel estaba en lo justo ; pero añadió : “Es preciso guerra á muerte... que un partido venza al otro, de suerte que el vencido quede exterminado para siempre ;„ y, como estas palabras suscitaron réplicas y protestas, rectificó diciendo, que solo pedia el exterminio del principio, no el de las personas que lo sostuviesen.

Pero aquí estaba el escollo : el gobierno moderado queria una transaccion de principios ; y los exaltados no podian transigir, porque veian que esto no era más que la guerra civil perpetuamente aplazada.

Estrechado el Ministerio por la oposicion, creyó Perez de Castro defenderle, y solo demostró su incapacidad y falta de iniciativa “Digan los señores diputados (exclamó), qué es lo que se puede hacer para acabar con la guerra civil, y si el Gobierno no lo cumple, venga sobre sus individuos la execracion de la nacion entera.„ Oportunamente le contestó Olózaga, que al Ministerio le correspondia manifestar su sistema para que lo juzgase el país : seguro estaba de que no tenia ninguno.

Los apuros de la Hacienda eran tan grandes, que en ocho dias no pudo pagar la

tesorería de Madrid una libranza de quinientos reales : todas las clases del Estado se hallaban desatendidas. Habia corporaciones que dejaban de sacar la correspondencia por falta de dinero ; y en algun tribunal, por no tener para costear la ejecucion de la justicia, se entregaron los reos condenados á muerte á una compañía de soldados para que los fusilase.

Patrocinada por diputados de la oposicion, se presentó una propuesta en nombre de Laffite, de Paris , para negociar un anticipo de 1,600 millones á cincuenta por 100, pagadero la mitad en títulos de la antigua deuda , y la otra mitad en dinero, debiendo quedar los productos de esta operacion en manos de la casa proponente, en pago de los suministros, que correrian á su cargo. El Gobierno tuvo esta vez el buen juicio de rechazar semejante proposicion ; pero no habiendo más recurso que apelar al crédito, solicitó de las Córtes autorizacion para contratar un empréstito de 500 millones efectivos. La autorizacion fué concedida : sin embargo , al discutirla, el ministro de Hacienda y sus opositores hicieron lo posible para anular sus efectos; pues contestando á Mendizábal , declaró Mon que se debian 331 millones de Deuda flotante ; 20 de atrasos á la legion inglesa ; 32 de anticipaciones hechas por el Banco de San Fernando ; 28 á la Casa real, y otras sumas que aumentaban en más de 500 millones el déficit calculado por Mendizábal. Añadia Mon, que á los tribunales se estaba debiendo un año ; á los frailes y monjas 58 millones. “El clero, continuaba, apenas ha recibido la tercera parte de su asignacion. Muchas iglesias tendrán que cerrarse ; la catedral de Sevilla está amenazada de ello... Las rentas de la isla de Cuba están gastadas ; el ministro de la Guerra pide 40 millones para fortificaciones ;” y á este tenor siguió llorando lástimas , y revelando tales miserias , que bastaban por sí solas , sin la guerra de la oposicion , para retraer á los extranjeros que habian de interesarse en el empréstito. Y en efecto, quedó este sin realizarse; porque el marqués de las Marismas, con quien se contaba, rompió las negociaciones : para reanudarlas, envió el Gobierno á Paris nada menos que tres comisionados con el sueldo de cinco mil duros cada uno ; pero no consiguió el objeto que se proponia.

Las Córtes suspendieron sus sesiones, dando por terminada la legislatura en 17 de Julio, despues de conceder al Ministerio varias autorizaciones, y acordar algunos arbitrios para allegar recursos , que en gran parte fueron ilusorios , como sucedió con la próroga del diezmo por un año, pues nadie quiso pagarlo ; y á pesar de la insistencia con que Madoz y otros celosos diputados pedian que solo se tratase de

Hacienda y Guerra, quedaron sin discutirse los presupuestos de Guerra y Hacienda, junto con los de Gobernacion y Marina, por temor de que su exámen infundiera desaliento en el pais.

Pero el pais estaba ya desengañado, y habia perdido las ilusiones que le hizo concebir aquel Gobierno. Para colmo de desdichas, el partido avanzado alimentaba proyectos de nuevos trastornos, á los que daba pábulo el descontento y malestar de todas las clases. Despues de buscar inútilmente apoyo en elevadas regiones, los exaltados habian puesto sus miras en el infante D. Francisco para que hiciese frente á Cristina; propusiéronle para senador, pero no le nombró la Corona, y el Senado excluyó al infante, por un solo voto de mayoría, del artículo 20 de la Constitucion, que declaraba senadores natos á los hijos del rey.

“Los progresistas (dice Burgos en sus *Anales*), empeñados en oponer al gabinete toda clase de embarazos, lanzaron á la arena política nuevos adalides, que en un periódico intitulado *El Graduador*, se aplicaron á proclamar doctrinas disolventes, y á vomitar, ya calumnias, ya sarcasmos contra la Reina gobernadora, llegando á tal punto la audacia, que el Gobierno se vió luego en la necesidad de reprimirla. Presos sus redactores, temieron los que los protegian verse comprometidos, y en su miedo indujeron al infante D. Francisco á salirse de España.”

Marcharon, en efecto, á Francia el infante y su mujer é hijos con pretexto de baños. “Disensiones más importantes por sus resultados que por sus verdaderos fundamentos (dice Miraflores), habian alterado la armonía doméstica en el real alcázar.” Cuestiones políticas, mezcladas á intereses de familia, habian motivado esta resolucion, “*despues de contestaciones entre los príncipes y la Gobernadora*, en las cuales intervino el conde de Latour Maubourg, embajador de Francia en Madrid.”

Tratábase ya, en familia, del futuro casamiento de la reina Isabel, y no era extraño Luis Felipe á las cábalas matrimoniales, que tan fuera de sazón se agitaban, arrojando á la arena política un nuevo elemento de discordia.